

PRESENCIA DE RICARDO ROJAS

RAIZ Y SENTIDO DE ESTAS PAGINAS

Traté a Ricardo Rojas durante más de veinte años. A su lado, igual que tantos otros, me formé como profesor y como escritor. Nuestra relación, al paso del tiempo, terminó por situarse en un plano de honda intimidad.

La desbordante admiración que le profesé de muchacho se convirtió, después, en respeto de discípulo y más tarde en cariño filial. Admiré en Rojas, antes que nada, los rasgos de su alma, su pureza, su ternura, esas cualidades que en muchos hombres, al mirarlos tan de cerca, se ven cada vez más pequeñas.

Por todo esto me resulta difícil trazar una imagen impersonal del poeta y del profeta, del ciudadano y del humanista que hizo de la Argentina una musa, una obsesión y un ideal. Aunque Rojas no hubiese escrito libro alguno, aunque no hubiese recibido honores académicos ni aplauso de multitudes, igual me seguiría pareciendo un ejemplo de bondad, de sabiduría y de sencillez; un ejemplo, en suma, de virtud.

Pienso que desde el hondón de mi cariño puede surgir alguna luz sobre este patriota acongojado. Mi visión de Rojas nace de las intuiciones de un largo trato. Está empapada de subjetividad. No es ni procura ser objetiva.

Vea el lector en estas páginas un testimonio sencillo y no una biografía ni un estudio crítico. Me alegraría si, al leerlas los jóvenes de mi patria se acercaran con simpatía al pensamiento y a la vida de Ricardo Rojas y así, con verdadera comprensión, lo erigieran en su ejemplo.

LOS HOMBRES-PATRIA

Al pensar a Rojas no pensamos sólo a un hombre, sino a un país. Poeta y profeta de una tierra del mañana, es uno de esos hombres-patria como Unamuno para España o Martí para Cuba. Sin el conocimiento y el sentimiento de lo que Rojas aconsejó durante medio siglo de prédica idealista, resultaría mutilada cualquier interpretación de esta suma de dolor y de misterio, de tierra y de sangre, de remembranza y de esperanza que llamamos Argentina.

El ayer y el hoy formaban para Rojas una unidad inescindible. "Es absurdo creer que hay un pasado, un presente y un porvenir; hay sólo la sucesión del tiempo y el pasado está presente en nosotros igual que el porvenir", expresó en 1939, para mostrar la sustancia perenne de algunos rasgos nuestros. En sus palabras y en sus escritos las estampas de otras épocas surgían caldeadas de realidad, tan vivas como las de sus contemporáneos de carne y hueso: una y otras, figuras de un mismo retablo.

Dentro de su concepción espiritualista de la historia, Rojas buscaba ensimismadamente el ritmo oculto y el estilo de lo argentino. Miraba a su tierra, recorría senderos de antaño, se acercaba apasionadamente a los problemas actuales. Ponía en todo ello el poder penetrante de su genio y toda la emoción de su alma de patriota. Los títulos de algunos de sus libros —*La restauración nacionalista*, *La argentinidad*, *El Santo de la espada*— cobraron valor de símbolo, envueltos en sugestiones de belleza y actuando como incitantes polémicos, pero grabados en el espíritu argentino. Muchos de quienes lo atacaron más agriamente adoptaron, a veces sin saberlo, sus ideas y aún sus expresiones.

En estudios y ensayos sobre Rojas suele enfocarse separadamente la personalidad del poeta, del pensador, del dramaturgo, del historiador o del crítico. Tal método es útil para penetrar en la complejidad de su espíritu, pero ninguna de estas facetas aclara la proyección última de su personali-

dad, pues su influencia fue sobre todo la de un predicador, y su alma, la de un profeta. La personalidad de Rojas no es sólo la de un artista ni la de un pensador. Nunca concibió a la poesía como habilidad de juglar ni al pensamiento como mera fruición especulativa. Canto e idea constituyeron para él maneras de tomar dramática conciencia del mundo.

“La inteligencia sin devoción, sin pasión, sin acción, es fantasma vano —escribió—. Por el mismo cauce de mis libros anduvo mi vida: unos y otra se explican entre sí”. Su vida y su obra adquieren clara unidad íntima si se sabe ver el móvil fundamental de su conducta. Rojas quiso reenquiciar a su patria en la patria ideal, infundirle el espíritu con que nació, predestinada y gloriosa, en los días de Mayo. Para que el Verbo viva debe iluminarse por el dolor. Rojas predicó, pero supo sufrir en su propia carne la palabra. Esa es su lección más bella.

Cantó a la patria como un mito, la estudió como un problema, la sintió dolorosamente, luchó y padeció por ella. Un profundo sentimiento religioso le da fuerzas en su lucha y en muchos momentos de su obra resplandece el fervor de un místico.

Modeló su vida con sacrificio, sin ceder a la frivolidad ni a la sensualidad. “La moral vivida es también una forma estética” —escribe en una evocación de Zorrilla de San Martín—. En otra ocasión explica así el elevado sentido de su fe literaria: “Abracé las letras como una profesión sacerdotal e hice votos que he cumplido en continua dedicación”.

Rojas buscaba la claridad y la virtud, y asumió con sencillez el sacrificio. En su destierro austral, al ver la patria herida, sentía sus propias carnes flageladas, y su sangre era la sangre del Cordero:

*Cristo invisible en carne de pesares,
con mis dos brazos en la sombra abiertos,
la cruz viviente alumbra aquí a los mares.*

Hombre de misión y de pasión, infundido de un hondísimo fervor místico, Rojas vivió como un asceta, renunció a

todos los bienes de este mundo y fue, sobre todo, un moralista en acción. Metáfora de su vida pueden ser estas hermosas palabras suyas: "El labrador salió a eso del alba a remover su predio, y mientras avanzaba con la mano en la esteva del surco, iba poniendo su alma en una dulce canción".

Los profetas miran el pasado para desentrañar el porvenir. Rojas mira al futuro pero lo llevan de la mano sombras lejanas, que nunca lo son para quienes saben mirar. Su obra es de auscultación de la historia y de la raza, y de diálogo con sucesivas promociones juveniles, en las que veía dibujarse la patria del mañana.

Federico de Onís, en la silueta que precede a los versos de Rojas incluidos en su Antología (1934), lo define como "creador de la interpretación del pasado nacional y de los ideales de su porvenir". ¡Bella síntesis! Descifrar el ayer, forjar ideales... La grey del maestro fue siempre de jóvenes; tomó como un deber la misión de aconsejarlos y, a través de toda su vida, la realizó con bondad y perseverancia. Tarea la suya de visión retrospectiva y de ambición prospectiva, diálogo de las generaciones que da un hábito de permanencia y de belleza a su obra total.

PRESAGIOS

Rojas llegó a Buenos Aires cuando el siglo XIX se extinguía sin estrépito. Era el umbral de un mundo nuevo y de una época nueva. Hijo del Tucumán, provinciano como Sarmiento y Alberdi, cuyas ideas glosaría y discutiría en sus obras, proveniente de una región donde aun se hablaba quechua y se contaba a los niños leyendas indígenas, la fuerza de la tierra y el empuje de la raza signaron su camino.

Se complacía en tomar como ejemplo al tenaz quebracho de su tierra, de "raíces hundidas en el suelo y ramaje abierto en las alturas". Las visiones poéticas, las fantasmagorías alucinantes y los raros ensueños que la selva entretejía ante sus absortas pupilas de adolescente, nunca se borraron.

Alejado de su tierra natal, ella nutría obra y conducta. :“Yo, el último indio”, se llamó. Las multitudes lo vieron alguna vez con la misma expresión que usaban sus enemigos con intención vejatoria. Nada lo emocionaba más que escuchar, en la plaza pública, el grito “¡Viva el indio Rojas!”. Y acaso el árbol que canta en su *Rapsodia del quebracho volteado* alude sutilmente a su propio corazón de hombre bueno, que lleva escondidos en su entraña una flor del aire y un dulce panal.

“Lo que fuí, lo que soy, lo que hice, lo que haré, tienen en la emoción de Santiago su fuente inspiradora”, dice Rojas, cerca de los sesenta años, en una confesión a sus comprovincianos. Niño casi, se acercó al misterio de la poesía. Un día, a orillas del Salado, empezó a cantar, y al descubrir su don, impresionado por las ilustraciones de Doré, intuyó la grandeza del Dante y escribió un largo poema que tituló *La luz eterna*.

Estudiante del Colegio Nacional de su provincia, escribió también unos apuntes de literatura argentina, primer testimonio de una vocación de crítico que culminaría en su magna *Historia* de nuestras letras.

Al partir de Santiago dejó publicado un canto *Al ideal* que anuncia su destino. Allí se veía sobre el último peñasco,

*Agitando en la mano, desplegada,
la bandera de luz de mis ideales.*

Al cabo de los años, en el *Albatros*, recordaría al poeta niño:

*Hasta el umbral de la paterna
salió mi madre de sayal vestida,
y mostrando la senda que allí pasa
me dijo: Esa es la senda de la vida.
La senda serpeaba dulcemente
por la selva natal, de luz bruñida...*

Había muerto su padre, un caudillo romántico que fun-

dó cien escuelas. Acaso por la amargura, su cántico primero brotó en *terza rima*, como *El albatros* donde lo alude al decir:

*En tercetos como éstos, aquel día
me imaginé sobre un peñón ignoto
después de andar en larga travesía—*

*de cara al mar, con el vestido roto,
llagado el pie y el lábaro raído—,
tenaz cruzado de un ideal remoto.*

BUENOS AIRES, OTRO PAIS

De la atmósfera de Santiago del Estero llega a Buenos Aires, para matricularse en la Facultad de Derecho, este poeta que buscará en *Eurindia* la conciliación de lo nativo con lo universal.

Su sensibilidad provinciana choca con la bullente ciudad portuaria y se enciende la chispa de sus primeros reclamos en favor de un resurgimiento argentino. En 1922 declara que había sentido la primer intuición emocional de *La restauración nacionalista* en la adolescencia, al llegar a Buenos Aires “y experimentar, como hijo de *El país de la selva*, el primer contacto con la ciudad cosmopolita, informe y enorme...”

Y en 1928, al recibir el homenaje nacional con motivo de sus bodas de plata literaria, describe en su discurso el ambiente espiritual que encontró aquellos días: “Al finalizar el siglo pasado, cuando vine de provincias para realizar mi destino en Buenos Aires, privaba el oportunismo en política, el materialismo en filosofía, el utilitarismo en la educación, y en esa atmósfera de brillante frivolidad individualista o de venal cosmopolitismo colectivo, la patria era como una de esas viejas mulatas de la antigua servidumbre criolla, relegada al traspatio de la nueva familia”.

Contra ese clima de insensibilidad y de superficialidad que hería las fibras de su instintivo patriotismo, reaccionó y luchó.

He aquí, entre bohemios y doctores, el nuevo escenario de su vida. Su espíritu de eriollo provinciano nunca se amoldaría del todo, como no se apagaría tampoco la nostalgia de su niñez. Con los años, el susurro de la fronda no se silencia: es el *leit motiv* profundo de su voz poética, a la que, una y otra vez, asoman ráfagas y colores de una tierra nunca separada de su corazón.

LA VICTORIA DEL HOMBRE, VICTORIA DE UN HOMBRE

Antes de sus veinticinco años y de emprender una nueva experiencia con su viaje a Europa, Rojas publica cuatro libros en los que se cifran los motivos esenciales de toda su obra: *La victoria del hombre* (1903), *El alma española* (1907), *El país de la selva* (1907) y *Cosmópolis* (1908).

En *La victoria del hombre* temas de la naturaleza y de la vida se estilizan renovados por la inquietud modernista. Es una sensibilidad romántica la que proclama el triunfo definitivo del espíritu, y es un alma religiosa la que proclama su fe indestructible en el ideal. Campean en el libro visiones utópicas y una cristiana simpatía por los débiles y los oprimidos. Desde los rutilantes versos de aquel “adolescente ignoto, ingenuo, pobre pero dichoso de vivir” hasta los severos tercetos de *El albatros*, Rojas se siente arquitecto de un ensueño lejano. Su mensaje es mito de la tierra; lo que en *La victoria del hombre* aparece como humanitarismo abstracto, será en *El albatros* experiencia nutrida de dolor y de angustia. Por eso, cumplida ya la larga jornada, podrá decir en *Los presagios* (1945): *Gesta de un mundo nuevo fue mi canto*.

Un espíritu de peregrina belleza a quien Rojas quiso como a un hermano —Emilio Becher— descubrió, al aparecer *La victoria del hombre*, el futuro de aquel joven poeta: “Acaso sea él uno de los tres o cuatro jóvenes de su generación que llegarán a hacer una obra, si tiene la fuerza suficiente para seguir, contra el odio y el desprecio de los bárbaros, adelante,

como uno de esos héroes que, en su poema, atravesaron inquebrantables, hacia el Ideal, las selvas y las montañas”.

El augurio de Becher se cumplió. Rojas venció en la ardua aventura. Los versos de sus veinte años constituyen la revelación de toda su vida. *La victoria del hombre* anunciaba la victoria de un hombre.

COMPRESION Y EMOCION DE ESPAÑA

Este sudamericano típico, de quien Rubén Darío dijo: “Alienta y vive de su América”, comprendió que las influencias telúricas que brotan del paisaje debían conjugarse con la tradición hispanocolonial. Superando el rencor de las generaciones que vivieron la epopeya de la independencia o que heredaron resentimientos de la larga lucha, vió en España una clave de América.

En la lengua española están escritos el Martín Fierro y las estrofas del Himno Nacional. Las virtudes y los defectos de España superviven en Hispanoamérica. Esto lo repite muchas veces Rojas, que es, dentro de su generación, uno de los precursores de la revalorización americana de España. *El alma española* apareció en 1907, pero Rojas avisa que sus opiniones habían sido “pensadas hace más de cinco años”.

En ese libro reúne ensayos sobre autores tan distintos como Núñez de Arce y Baroja, Pérez Galdós y Echegaray. La aparición de la obra coincide casi con su viaje a España, a donde llegó como peregrino indiano y a la que alguna vez llamó “Tierra Santa de la raza”. Comprendió Rojas que la historia de España es parte de la nuestra y que al entenderla acaso se llegue a la raíz de los desasosiegos que estremecen a nuestras repúblicas. Fue amigo de Unamuno y de Menéndez Pidal, que pidió su libertad cuando lo proscibieron a Usuhaia y pidió para él el Premio Nobel cuando otra dictadura vetó su nombre.

Rojas enseñó literatura española durante muchos años en las Universidades de la Plata y de Buenos Aires, por eso

sus juveniles ensayos de *El alma española* anuncian a su *Cervantes* (1935) y a su *Retablo español* (1938), que el propio Rojas ve como “coronamiento de una larga campaña de siete lustros en la cátedra, en el periodismo y en el libro, para divulgar en la Argentina el conocimiento de España”.

EL PAIS DE LA SELVA

La victoria del hombre y El alma española eran indicios de una vocación potente, pero Rojas no había escrito todavía ese libro que por una suma misteriosa de razones, perdura... Y entonces Rojas, el indio, viaja a París. ¡Cómo no iban a alarmarse sus amigos! ¡Tantos habían abandonado sus solares para borrar sus propios perfiles en el remedo europeo!

Sus compañeros escritores le ofrecieron un banquete en el restaurante de Luzio. Eduardo Talero dijo entonces afectuosas palabras de reproche:

“¿El poeta Rojas a Europa? ¿Qué va a hacer? ¿Por qué exponerse a que las grisetas del bulevar lo miren de hito en hito sin sospechar siquiera que bajo el color oliva de su rostro hierve el aceite de una lámpara de oro, y que bajo esas fibras de carbón adusto al peine yacen, en huaca de indio, las cristalizaciones del sol más linajudo de la tierra?”. Vanos temores que pronto se iban a disipar.

Rojas une al auténtico fervor de lo nativo la percepción de la cultura como fenómeno universal. No se encierra con superficial apego a lo localista ni diluye la sal y el jugo vernáculos fascinado por el arte de pueblos más maduros. No debía temer su amigo Talero. Rojas llevaba en sus maletas los originales de *El país de la selva*. Escrito en Buenos Aires con remembranzas del bosque santiagueño, fue impreso en Chartres, Rojas corrigió las pruebas de imprenta en Londres y el volumen fue lanzado a la venta en París. Esta es la historia de un libro ya clásico en nuestras letras. Y las contradicciones que ella implica se aclaran al apreciar en qué medida este indio cantó a las tradiciones milenarias de Occidente en su *Oda latina* y al pensar

que este autodidacto soñador llegó a ser padre de Universidades y uno de los más hondos humanistas criollos.

Rojas sintió la fruición de iluminar para el arte una tierra todavía inexpressada. Se internó en el bosque y escuchó su mensaje. Se acercó a todo lo hermoso que estaba allí, despierto y vivo, esperando su voz. Era la América tejida de promesas, los lejanos árboles familiares, la leyenda a que nadie se había asomado hasta entonces. Si América era promesa, misterio, milagro y silencio. Había que descifrar ese misterio y decir todo lo que esa tierra no repetía.

Dos atributos dan fuerza al libro: el tema americano y la forma a la vez castiza y moderna. Si provenían del folklore los motivos indígenas y las tradiciones populares, ellos cobraban un aire nuevo en la sensibilidad de un autor despierto a las expresiones contemporáneas del arte.

Esa prosa sacudida por fuertes ráfagas de poesía sabe comunicar, ¡con qué ardor!, una rara sensación de verdad. Muchas obras posteriores de Rojas tienen su clave en ese afortunado libro juvenil. La visión heroica del preludeo es el germen de su drama *Elelín* (1929), y el mito regional que se cuenta en el último, antecedente de *La salamanca* (1943); menos elaborados, aparecen motivos de su tragedia *Ollantay* (1939) y de otros libros. Las voces del bosque santiagueño —tierra cruzada por el resonar metálico de la conquista, por alucinantes mitos indígenas y por el misterio de la naturaleza— perduran con variado registro en aquel su hijo predestinado.

ANTICIPACIONES DE COSMOPOLIS

He querido buscar en páginas juveniles de Rojas los motivos que alientan en toda su producción. En ese sentido, *Cosmópolis* (1908), libro incipiente, es muy revelador porque en él están anticipados temas de *La restauración nacionalista* (1909), de *Blasón de plata* (1910) y de *La argentinidad* (1916)

y porque en él se revela por primera vez el crítico enjundioso de nuestra literatura.

Rojas presenta *Cosmópolis* como “fruto de una propaganda cívica y estética realizada en Buenos Aires para fortalecer la cohesión del espíritu americano y servir en mi país al advenimiento de una civilización idealista”. ¿Puede cifrarse en menos palabras el sentido de su propaganda argentinista? Rojas señala en *Cosmópolis* la diferencia entre las sociedades europeas y las americanas, donde es necesario plasmar un pueblo buscando la armonía de fuerzas antagónicas. Como los románticos, quiere que se recoja el espíritu de la tierra, que está tanto en la gesta heroica como en la flor de sus leyendas. Aspira a una patria con conciencia histórica y con nobles ideales colectivos, que se apoye no en un vago internacionalismo, sino en una noción exacta del propio destino, que es, como en el hombre, la noción de la propia responsabilidad.

Sobre todo en los artículos titulados *El patriotismo* y *Las nacionalidades*, afirma convicciones que luego ampliará y profundizará. Analiza la crisis de los ideales patrios y las causas del fenómeno que, años después, llamará “la barbarie de las ciudades”. Desarrolla la oposición entre indianismo y exotismo y las consecuencias morales de la prédica de Sarmiento y de Alberdi. Destaca que la verdadera fuerza de un pueblo no está en su territorio ni en su riqueza, sino en el empuje de sus ideales. Y concluye: “Signifique esto un aviso para la República”.

Transcurridos varios lustros y desoídos sus reclamos, podrá describir a la crisis argentina —que todavía hoy padecemos— como una consecuencia de haber abandonado aquel antiguo sentido, casi religioso, de la nacionalidad.

Las páginas de *Cosmópolis*, escritas por un muchacho que apenas pasaba los veinte años, poseen una gran vitalidad y descubren una inteligencia que sabe unir el raptó poético y la experiencia de la realidad, que sabe equilibrar la verdad y el ensueño. Traducen así la personalidad de su autor, que alguna vez se definió de esta manera: “Yo soy también, aunque

soñador y cantor, hombre de vigilancia y de lucha, pero a la vez soy un espíritu razonador, tolerante y estoico" (1922). Quien lea detenidamente aquella obra juvenil verá con más claridad ese juego de contrastes y armonías entre lo terrigena y lo universal, lo dionisiaco y lo apolíneo, lo popular y lo académico, que vuelven una y otra vez en su obra ahondados por el largo estudio y embellecidos por el arte.

En otro sentido es también augural *Cosmópolis*: sus estudios sobre *Mis montañas*, los cuentos de Fray Mocho y *M'hijo el doctor*, así como sus trabajos sobre el folklore y sobre los romances tradicionales de América, demuestran la garra del crítico y la curiosidad intelectual del futuro historiador de nuestro pasado literario.

UN INDIO EN EUROPA

Ya he recordado cómo su patriotismo de arraigo secular adquirió una tensión angustiosa al ver que iba frustrándose la inspiración de Mayo que impulsó a tres generaciones argentinas, y cómo entonces se sintió un cruzado de ideales patrióticos. Una y otra vez rememora su reacción frente a Buenos Aires. En 1940 nos dice: "Montañés nacido al pie de los Andes, fruto de varias generaciones de abuelos que vivieron y murieron en esa misma región, mi sensibilidad venía homologada con las tradiciones de la tierra nativa y ello explica que una especie de instinto racial me anticipara su alerta, como animal que amusga las orejas al presentir el peligro." Y añade que no había en sus actitudes ni en su propaganda absurda xenofobia: "No me movía ningún desamor a Europa ni a la inmigración, sino el ansia mística de un ideal para nuestra gente en agonía".

La experiencia de Rojas como hombre de tierra adentro se enriquece y completa en Buenos Aires. Pero faltábale una nueva experiencia. Viaja a Europa, no como turista, sino porque sabe que allí tendrá la perspectiva universal para entender a su propia tierra.

En *Retablo español* declara que fue con el propósito de estudiar a España, “para buscar las claves de nuestro origen, y conocer las naciones europeas que más influyeron en el desenvolvimiento de la Argentina después de su organización como república autónoma”. Visita entonces Francia, la nación que más incide sobre el pensamiento argentino en el siglo XIX; Inglaterra, cuya economía gravitó decisivamente sobre la nuestra; y a Italia, cuna de latinidad, cuya inmigración transforma a la Argentina contemporánea. No fue a descubrir esos pueblos, sino a descubrir a su patria a través de ellos. Viaja como Echeverría y como Sarmiento, para aprender en la historia y la cultura de otros países su propia historia.

Vuelve por eso fortalecido y seguro de su verdad. Y así como llevó a Europa los manuscritos de *El país de la selva* —su mensaje nativo—, trae de Europa los apuntes para *La restauración nacionalista*, su programa para un renacimiento argentino. También trae de Europa el sueño de *Eurindia*.

En el regreso, cuando el barco franqueaba las costas africanas, solo en la cubierta, Rojas imagina que se desliza no por el Océano, sino por el barro de la Atlántida remota, y lo embargan las sugerencias de esa ruta por la cual navegaron durante centurias, de Oriente a Occidente, los colonizadores. Es entonces, en la densidad de la noche oceánica, cuando se le revela una nueva palabra: *Eurindia*, nombre que resume la síntesis cultural y racial entre Europa y las Indias, Nuestra América.

Rojas piensa que así como Grecia fue el órgano más fecundo de Eurasia, su Argentina sería el órgano más fecundo entre las culturas de Europa y América. Veía a la pampa como crisol de otra raza. Frente al mar, vislumbraba la belleza de un misterio etnológico: “Eurindia es el nombre de un mito creado por Europa y las Indias, pero que ya no es de las Indias ni de Europa, aunque está hecho de los dos...” Esos inmigrantes que solían cantar en el puente de la nave eran los continuadores de los antiguos éxodos y sus hijos cantarían un nuevo canto para la patria también nueva.

PROGRAMA PARA UN RENACIMIENTO NACIONAL

La restauración nacionalista apareció en 1909 y ha sido hasta hoy uno de los libros más discutidos de Rojas. La palabra *nacionalismo* no tiene para él ese significado violento que asumió después que la usaron como arma de lucha las modernas ideologías del odio. Es necesario subrayar esto porque muchas veces se ha buscado confundir a los jóvenes, con calculada malicia, dándole a la prédica de Rojas una significación muy distinta a la que él le atribuyó.

Restituuyamos pues al ideario de Rojas su legítimo significado. El afirma el concepto de la nacionalidad sin exclusión ni desdén para lo extranjero y basa su patriotismo en el planteo constante y vivo de los ideales argentinos.

“Volví de Europa —declara en 1938— más americano, o mejor dicho, con la rectificación del ideario mercantil y cosmopolita que orientó después de *Facundo* y de *Bases* nuestra política y nuestra enseñanza”. Buscó entonces en lo indígena, en lo gauchesco, en lo español y en lo cosmopolita las esencias valiosas de un pueblo futuro. Diferenció el concepto de población del concepto de pueblo, y a la fórmula alberdiana de “gobernar es poblar” opuso la de “gobernar es crear un pueblo”, así como a la oposición de Sarmiento entre “civilización y barbarie” contrapuso la antítesis “indianismo-exotismo”, cuya fecundidad creadora explica en *Eurindia* (1922).

Rojas quiso fundar la idea de patria en una conciencia histórica americana, y quiso ver a su pueblo reenquiciado en su tradición. Por eso *La restauración nacionalista* hirió tantos convencionalismos y despertó tantos recelos.

En ese libro esbozaba un plan para tonificar la conciencia argentina por medio de la enseñanza de las humanidades modernas, sobre todo de la historia. Por eso tiene para mí, dentro de la obra de Rojas, el mismo significado que tiene *Educación popular* en la obra de Sarmiento. *La restauración nacionalista*, como el libro del sanjuanino, está lleno de juicios

y de lecturas ajenas que respaldan sus opiniones. Aquel fue un informe para el gobierno de Chile al regresar de un viaje por Europa y los Estados Unidos; éste es un informe al gobierno argentino después del viaje europeo de Rojas. Obras ambas de criollos autodidactos y sin título, nacieron del mismo entusiasmo por propagar el saber y por fundar el patriotismo en la cultura. Pero mientras Sarmiento basaba su prédica en la difusión de los conocimientos elementales como meros instrumentos, Rojas le da a su proyecto un contenido más denso y formula su programa de un modo más coherente.

En *La restauración nacionalista*, libro con el que se cierra una etapa de la vida de Rojas, compendianse los motivos inspiradores que nutrirán obras de perspectiva didáctica como *Silabario de la decoración americana* (1930), obras de proyección estética como *Eurindia* (1922) o de perspectiva política como *El radicalismo de mañana* (1931), libro de documentación como *La patria en Jujuy* (1944) o de profundización de la conciencia nacional como *Historia de la literatura argentina* (1917-1922) y biografías donde más que narrar vidas se ahonda en el espíritu nacional a través de sus genios arquetípicos, como *El santo de la espada* (1933) y *El profeta de la pampa* (1945), libro éste último de los más densos entre todos los suyos.

PROFESOR Y MAESTRO DE ALMAS

Desde 1905 Ricardo Rojas había enseñado en colegios secundarios, pero después de su regreso de Europa, en 1909 —año de *La restauración nacionalista*—, se incorporó como profesor a la Universidad de la Plata, en cuya fundación colaboró con Joaquín V. González y en cuyas aulas enseñó hasta 1920.

En 1913 fundó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires la cátedra de Literatura argentina; allí enseñó también Literatura castellana, creó el Instituto de Literatura Argentina, fue consejero, decano y rector. Llegamos así a otra fase fundamental de su vida.

Autodidacto como Sarmiento y como Alberdli, como Echeverría y Gutiérrez, como López y Mitre, y como Lugones dentro de su generación, Rojas prolonga en nuestra época un tipo de intelectual característico del siglo XIX sudamericano, en el que se funden con espléndida armonía el saber profundo, la curiosidad intelectual y el arraigado patriotismo. Este provinciano que empezó su carrera literaria como lírico soñador se hace profesor y se pone a enseñar y a predicar.

Luego, cuando advierta que es más hondo y doloroso el problema argentino, lo veremos convertirse en político combatiente y sufrir persecuciones y cárcel. De una estética pasa Rojas a una docencia, y de esa docencia a una política nueva. Entonces, cuando el poeta y el profeta, el pensador y el hombre de acción se integran iluminados por una misma fe combatiente, surge ya, con su verdadera luz, la figura del maestro.

Rojas no se limitó a transmitir un mensaje: lo vivió y lo sufrió. Su prédica se apoyó en una conducta. Docencia y decencia fueron para él una misma cosa. Puede definírsele, con palabras que él dijo de Cervantes: creador de mitos y maestro de los hombres.

Concibió a las universidades como talleres de hombres. Enseñó con vocación y con amor, dió ejemplos de sencillez y de modestia. Trabajó durante 18 años en el Instituto de Literatura Argentina sin cobrar sueldos, que donaba para publicaciones. Dejó el puesto de rector para enseñar al día siguiente en un modesto colegio secundario. Al morir ofrendó su casa y su biblioteca, costeadas en una larga vida de trabajo, al país. Tales actos de constante donación explican la naturalidad con que la palabra *maestro*, en su significado más señero, se une al nombre de Rojas.

Imaginad la patética sensación de quien, firmemente apoyado sobre la tierra, ve a sus compatriotas al borde de un abismo, aproximándose al vacío. Así siente Rojas a sus compatriotas, desheredados del pasado heroico, indigentes de tradición y de vida. Tras el espejo armonioso de su palabra se agita un hondo

drama. Pone pasión en su prosa. No escribe sobre la Argentina, vive y la padece.

En la índole misma de su pensamiento hay un vivo reclamo de acción. En un país debilitado en sus ideales, quiso crear un creer. Habla a sus discípulos como hablará a su pueblo, guiado por el imperativo de ver realizados los ideales de sus sueños. Por eso está presente aún en la conciencia de quienes lo combaten. Pueden discutirse sus ideas, refutarse sus métodos, disentir con sus posiciones, pero no puede negarse la fuerza incitadora que poseyó su palabra. Quien no había tenido maestros, sembró ilusiones e inspiró fe en los esfuerzos desinteresados.

De todos los cariños, el que Rojas prefirió siempre fue el de los jóvenes: "Lo que yo buscaba era modelar generaciones nuevas como un escultor de almas", dijo aludiendo a la misión que impuso a su vida.

En un discurso de 1922 celebraba haber encontrado en la Facultad de Filosofía y Letras otro hogar, y se mostraba contento por haber conseguido "esa venturosa coincidencia de la vocación y de la profesión, armonía raras veces lograda entre el sentimiento desinteresado y la acción útil, de donde suele venir, en la faena intelectual, la paz del alma y la alegría del trabajo".

Dieciocho años más tarde y cumplida ya gran parte de su carrera, confesaba: "Si tuviera que recomenzar tomaría idéntico camino, y si me preguntaran cuáles son las satisfacciones que la cátedra universitaria me ha dado, no contestaría con lo de haber sido consejero, decano o rector —aunque estoy contento de todo ello—, sino con el haber contribuído a formar algunos hombres útiles y el haber sido amado por mis discípulos".

En 1949 mira otra vez su vida buscando los móviles rectores y dice: "...Aunque mi vocación más íntima haya sido la del arte, si yo tuviera que elegir nuevamente profesión en el comienzo de la vida, optaría otra vez por ser maestro de escuela".

Si hasta 1946 enseñó en las universidades, a partir de entonces fue su hogar el aula y el ágora. En la casona colonial cuya fachada copia la de aquélla donde se firmó nuestra Independencia y a la que Arciniegas llamara "su Salamanca en miniatura", siguió ofreciendo las verdades de su soledad disconforme pero sublimándolas con mensajes de esperanza.

CULTURA Y MILICIA

Aun en los instantes de amargura mayor, la palabra de Rojas era alentadora y nutricia. Instaba siempre a prepararse para la dura empresa de la vida. Se sucedían tiempos nuevos y se cambiaban los deberes de cada generación. Rojas sabía señalarlos con rigor. Acaso esa intensa frecuentación de los jóvenes daba a su pensamiento una frescura siempre renovada. También su estilo es cada vez menos grave y su tono menos solemne. A medida que pasan los años su prosa se rejuvenece y adquiere una sobriedad clásica.

La palabra fue el instrumento de su empresa. Cierta vez le comenté un concepto de Henri Berr en su prólogo a *La evolución de la humanidad* según el cual la mano y la palabra son el principio de toda creación humana. Me impresionó mucho todo lo que mi casual referencia suscitó en su comentario, y las curiosas asociaciones que estableció alrededor de ese tema. Dijo, por ejemplo, que escribir es como arar, y que al final de un libro el cansancio acumulado no es sólo intelectual, sino físico también; vinculó la eufonía de "arar" con "orar", y "orar" con "aire", que es la materia con que están hechas las palabras; y "aire" con "ánemos", que en griego significa el soplo vital.

Rojas sentía al pensamiento no como parte de la vida, sino como la vida misma. Y este autodidacto que leyó vorazmente sabía encuadrar su discurso con rigor sistemático, sin que perdiese por ello matiz y complejidad. A veces parecía perderse en los vericuetos de una digresión, pero volvía finalmente al centro de su asunto.

Había algo magnético y extrañamente suasorio en su palabra. La negra brasa de sus ojos resplandecía bajo los gruesos cristales. Hombre de sensibilidad esotérica, parecía entonces un brujo quechua. Cuando, después, uno salía de su casa para mezclarse a la ciudad con su vibración neurótica, era necesario un proceso de adaptación y era imposible no sentir la brusquedad del contraste. No quiero decir con esto que Rojas se perdiese en abstracciones sin apoyo en la realidad. Muchos políticos prácticos y muchos intelectuales de superficie así lo creyeron a veces, pero al tiempo, los hechos les hacían ver cómo eran ellos y no Rojas los equivocados.

Don Ricardo no concebía la cultura ni la poesía como vanos deleites. Muchas veces destacó lo monstruoso de un arte sin cariz ético o sin raíz vital. Me interesa subrayar algunas referencias suyas a este tema: en 1908 se declara: "...enemigo de que el poeta se encastille en torres ebúrneas y cierre el oído a las necesidades de su tiempo..."; en 1931 dice que "...el retiro del estudio no fue Torre de marfil para su deleite sino atalaya de piedra para su ansiedad..."; en 1935 expone en su *Cervantes* su ideal de la cultura activa, que se mezcla a la vida para purificarla; en 1941 les habla así a sus comprovincianos: "...En el campo intelectual me ufano de ser un hachador santiagueño, capaz de soñar y de cantar, pero también capaz de abrir con su hacha una picada en la selva virgen, trabajando de sol a sol, como he trabajado siempre". Y ese mismo año, en Tucumán, ante un auditorio de universitarios, dice: "No me gusta la palabra deshumanizada, ni me complaceo en la cultura inmóvil. No obstante ser académico y doctor sigo siendo un autodidacto militante y voluntarioso".

De esta idea de la creación literaria surgen las virtudes y acaso las limitaciones de la obra de Rojas. Ilumina la historia o narra la leyenda con el afán de penetrar el misterio argentino. Por sus libros circula una savia inquieta. Para demostrarlo, aun a riesgo de insistir demasiado en este asunto, quiero recordar algunas palabras suyas escritas al entregar

al público *Blasón de plata*, en los días del Centenario: “Es la obra de un hombre apasionado por el destino de su raza. Es la obra de un poeta inquietado por el misterio de las cosas. Es, acaso, la obra de un místico que confiesa su fe en las ideas y en el oscuro influjo del alma sobre las formas de la vida...” Dice allí, además, que su libro es “un sacrificio y una confesión”. En verdad, confesión y sacrificio fue todo lo que escribió este hombre que sentía a la patria como el más suyo y viviente de los temas.

Rojas creyó en la Argentina y en su gran destino con la misma ilimitada fe de nuestros románticos; confió en que, superadas las vicisitudes nacidas de la crisis de los ideales de Mayo, el país encontraría su senda. Su influencia no fue ni quiso ser nunca de orden puramente especulativo: sabía que el afecto es la primer virtud que acerca a maestros y alumnos, y en él apoyó su prédica.

MENSAJES A LA GENTE NUEVA

Nada ilustra más sobre el fervor que Rojas ponía en su magisterio que recorrer sus discursos y sus mensajes a los jóvenes. Quiero recordar algunos de esos documentos, de los cuales sólo unos pocos han sido recogidos en volumen. La mayoría circula en hojas sueltas o en humildes folletos. Son consejos dirigidos a la gente nueva de la patria que, por su tono paternal y su intención docente, poseen un matiz si no totalmente distinto, más íntimo que el de sus libros.

Flor y fruto de su vocación de maestro, tienen un aire confidencial y cariñoso. Pese a la dureza de algunas advertencias, son páginas de amor y de sencillez, que fueron dichas y escuchadas con unción.

Al evocar estas conversaciones del maestro con sus discípulos no me remontaré más lejos de 1915, cuando, el 25 de Mayo de ese año, habló con entusiasmo y belleza para despedir a los graduados de la Universidad de La Plata. Era entonces uno de los profesores más jóvenes y los anhelos que

allí expone son en gran parte los que tres años después amplía —ya concluida la primera guerra europea— en su *Profesión de fe de la nueva generación*. Para salvar el desconcierto del alma argentina de la conmoción ideológica de la postguerra encuentra la piedra de toque en su sentido de la argentinidad, no como concepto abstracto ni como tema retórico sino como impulso creador, y por ello insta a alejarse por igual del patriotismo bullanguero y de las claudicaciones del mercantilismo.

Es evidente que Rojas procura dar un alcance político a esta *Profesión de fe*, que serviría de programa para una liga de ciudadanos jóvenes reunidos con la misma inspiración que concitó a los de la Asociación de Mayo. El ansia de la renovación de los temas y de los métodos de la acción política se une al afán de tomar responsabilidades para reanudar el hilo quebrado de la Constitución. Hay algún matiz personal en el entusiasta documento cuando Rojas dice: “Prevedemos que nuestra actitud provocará la sonrisa de los escépticos, y acaso la hostilidad de quienes temen que *esto* llegue a matar a *aquello*. Ni la mofa ni la aversión podrán amilanarnos”.

Rojas reclama de los jóvenes una nueva actitud de conciencia frente a los problemas nacionales. Quiere que, sin desechar la curiosidad por las ideas, que son universales, partan de las experiencias históricas de su propia tierra. Una y otra vez subraya su filiación echeverriana. “Tiempos como el presente requieren una suerte de religiosa emoción y de romántico arrebató. Esta es la fuerza que trae en su alma la nueva generación. Por eso empezamos diciendo al pueblo que debe creer menos en sus sabios sin ideales, en sus políticos sin doctrina, en sus burgueses sin filantropía, en sus patrioteró de las fiestas cívicas y en sus redentores de cubilete electoral”. Su mensaje está pensado para el hombre nuevo y confía en el idealismo renacido: “Iniciamos una época romántica —repíte—. Estamos ahitos del pancismo actual; queremos dar un objeto noble a nuestras vidas”.

El idealismo que inflama este documento es el mismo

que al renovarse los tiempos y cambiar las circunstancias históricas, Rojas volcaría en sus consejos y mensajes a las generaciones que se suceden.

Si lamenta que sus presentimientos optimistas no se cumplan, jamás incurre en el error de fomentar el escepticismo, siempre estéril. La visión juvenil de la ciudad nueva, inspirada en los ideales de Mayo, nunca lo abandona.

El plan expuesto en la *Profesión de fe* de 1918 no llega a cuajar en realidad política, y Rojas elabora en los años siguientes, con esclarecida tenacidad, los cuatro densos tomos de *La literatura argentina*. Y en 1923, en el homenaje que le ofrecen con motivo del Premio Nacional otorgado a esa obra, afirma la presencia de otra generación en la vida argentina. Son hombres —dice— “hostilizados por incomprensiones de izquierda y de derecha, llamados a infundir nueva vida a los viejos ideales argentinos”. Recuerda a la pléyade de 1837, aquellos muchachos sin renombre ni poder que gestaron una teoría del país enfrentada al despotismo de Rosas, a la que supieron ser fieles aun ante la proscripción y el sacrificio. Advierte los peligros de la facilidad con que algunas inteligencias brillantes ceden ante las sugerencias europeas y vacilan “entre el futurismo y el ultraísmo, o entre el bolcheviquismo y el fascismo, por mera sugestión cotidiana”. Revela por último que si escribió la obra que ese día se celebraba no lo hizo de espaldas al mañana: “Volví los ojos al pasado para saber lo que somos y de dónde venimos, forjando así un ideal con la sustancia de nuestra propia historia”.

Al concluir la última página de *Los modernos*, Rojas había escrito unas palabras sugestivas y enigmáticas, como clave secreta del libro. Están dedicadas al poeta futuro que la patria aguarda. ¿Quién era ese poeta a quien llama, con mayúscula, El Esperado, y a quien incita a fundir en arte perdurable el espíritu de la patria? ¿Era un hombre? ¿Era un pueblo? Al cabo de los años, en 1946, al recibir en su casa a los jóvenes que iban a expresar los motivos de su solidaridad con el viejo maestro, reveló la clave de aquella dedicatoria. El Es-

perado no eran sino las nuevas promociones de hombres jóvenes, infundidas de una severa responsabilidad argentina. “El Esperado sois vosotros”, les dijo.

Muchas otras veces, desde esta época, con insistencia se dirige a los jóvenes. En 1937 escribe catorce apotegmas muy ceñidos, muy densos y muy intensos, de una sugestiva proyección moral. En 1939 entrega a los estudiantes de la Federación Universitaria Argentina una bandera para que encabece una manifestación patriótica ese 24 de mayo, y confiesa entonces sin eufemismos su amargura ante “la actitud de algunos jóvenes que parecen haber olvidado los orígenes y propósitos con que se fundó nuestra nacionalidad”. Los convoca a realizar el destino nacional con visión y sentido americanos; “Hagamos de la Argentina una nación plena, como la soñaron los padres fundadores: cese el reinado del becerro y advenga a nos el reino del espíritu argentino”.

A medida que se ahondan los problemas nacionales insiste en su prédica. Casi contemporáneamente dirige un mensaje a la juventud tucumana que llama *La nueva independencia* y distingue la técnica, simple trasplante, y la cultura, creación espiritual. “Hace treinta y cinco años —dice— vengo predicando esta verdad necesaria en nuestro país sin cansarme de repetirla, aunque mi éxito ha sido escaso”.

En agosto de aquel mismo 1939 pronuncia la clase inaugural de la Universidad de Cuyo y habla al pueblo en la plaza pública, frente a los Andes, sobre la influencia de las regiones en la conformación del alma nacional, sobre sus ideales de una cultura viviente, sobre la necesidad de realizar nuevas hazañas que justifiquen el sacrificio de los héroes fundadores.

En los años que siguen continúa su prédica con motivo de distinciones universitarias. La Plata lo designa Miembro Honorario de su Universidad en 1940 y habla allí como un moralista sobre los que llama ordenamientos primordiales, suerte de guía para los jóvenes en un mundo convulsionado. “La hora es de vigilia, de labor y de heroísmo”, anuncia entonces. También la Universidad de Tucumán, que él contribuyó a fun-

dar, lo hace un año después su Miembro Honorario. Y allí advierte sobre el peligro de las abstracciones ideológicas despojadas del sentimiento patriótico y sobre lo dañosa que puede ser una técnica sin alma.

En 1942, al recibir el título de doctor "honoris causa" en la Universidad del Litoral diserta sobre la misión del continente nuevo y sobre su concepto de americanidad. Para superar incongruencias y anomalías aconseja no extraviarse en estos tiempos sombríos de propagandas ajenas y recordar que la Argentina forjó la democracia como realidad viva y tuvo "sus propios mentores, soldados y filósofos americanos".

La Argentina no puede volver ni al indio ni a la colonia ni a las guerras civiles ni al cosmopolitismo, sino que debe superar todos esos estados con una fórmula nueva que se nutra en su sustancia histórica. Con clarividencia pronostica males terribles que desdichadamente sobrevinieron, si la Argentina y su pueblo no se preparaban para la hora crítica que llegaría en la postguerra: "Necesitamos una economía, una política, una educación, pero antes necesitamos un espíritu".

Esta prédica intensa culmina con las palabras que dirige a los jóvenes compatriotas que le expresan su apoyo con motivo de su candidatura a senador. Le parece imposible que el país siga en una atmósfera de fraude y de odio entre hermanos; no puede creer que se frustre el plan constructivo de la Constitución Nacional. Habla de las crisis suscitadas en nuestro país después de las dos últimas guerras e incita una vez más a restaurar los valores nacionales con la intrepidez heroica que sólo los jóvenes pueden poner en la empresa. Yo escuché esas palabras y debo declarar que —pese a la serenidad del discurso— podía advertirse una desesperación, casi como un clamor, en sus frases. Era como si presintiese que la argentinidad sería otra vez derrotada y que la patria se envolvería en sombras.

Después de ese discurso y del canto de *El albatros* que con él se relaciona y que está también dedicado a los jóvenes, Rojas guardó silencio.

Comenzaba entonces para él un doloroso *vía crucis*. En los años que siguieron sólo pudo confortarlo la amistad con los jóvenes. En ellos veía las últimas reservas de la patria en congoja, y fueron jóvenes los que, desafiando la saña de la tiranía, levantaron su nombre como símbolo argentino para el premio Nobel, y volvieron a la casa de aquel hombre proscrito en su propia tierra para decirle con orgullo que ese dolor era el principal argumento de su fe en él y en su obra.

UN POLITICO NUEVO EN LA VIDA ARGENTINA

Ya en la *Profesión de fe de la nueva generación* Rojas había condensado en fórmulas políticas ideas brotadas de sus estudios históricos y de sus inquietudes sociológicas. Y allí declara que considera a la política "como la más importante empresa de la moral".

Su ingreso a la política activa en 1930 se produce pues como consecuencia "de un hondo dolor y de una larga meditación". Nace su milicia del patriotismo herido y así lo revelan versos de *El albatros*:

*Yo a tus hijos en paz adoctrinaba
Y como un mago en sus estrellas de oro
leyendas y presagios descifraba.*

*Pero una noche yo escuché tu lloro
y bajé de mi torre por valerte
como pudiese, y pregoné en tu foro*

*contra el asalto bárbaro, y al verte
flageladas las carnes, en tu llaga
puse mi beso en tránsito de muerte.*

*Ese fue mi delito en la hora aciaga;
y hoy, mi cárcel, la nieve... Mas su frío
no apagará este amor que no se apaga.*

Veía el maestro desvanecerse la solidaridad de los com-patriotas y borrarse los ejemplos heroicos que había cantado

en *Blasón de plata*, los impulsos populares que nutrieron nuestra democracia, evocados en *La argentinidad*, las posibilidades estéticas expuestas en *Eurindia*. Y dolorido al ver atacados los perennes ideales argentinos, sale a la lucha. “Pedí la cruz del pueblo —confiesa— para echárme’la yo también al hombro y para crucificarme por la patria”.

El patriotismo de Rojas necesitaba confirmarse con esa experiencia de renunciamiento y de soledad. El sufrimiento daría carnadura humana a sus palabras. Acaso sin tanto dolor, sus textos no tendrían para nosotros esa verdad que nadie puede arrebatarnos. Este varón ilustre, que sufrió vetos, persecuciones y vejámenes que van desde la prisión en la cárcel más austral del planeta hasta la saña tenaz con que lo persiguió la última tiranía, da con su calvario el más perdurable de sus ejemplos.

¿Qué extraño arrebató poseía a un país, para que pudiese negar así a uno de sus hijos mejores? El mismo debió preguntárselo muchas veces con dolor recóndito, sin reconocerse otro pecado que el de haber amado a su tierra:

*Vuelvo los ojos a mi patria y grito:
¡Yo soy aquel que antaño te cantara,
y el amor que te di, fue mi delito!*

UN EXPATRIADO EN SU PROPIA TIERRA

Rojas padeció trágicamente en los años que van de 1946 a 1955. Vio destruídas sus creaciones más amadas; vio negado y escarnecido su nombre y, lo que para él era mucho más doloroso, negados a los hombres y a los ideales de que había hecho motivos fundamentales de su vida. Sufría por las afrentas a los próceres fundadores y a la simultánea auto-glorificación de los dueños del poder juzgábala injuria a la historia, que es una de las formas más viles de traicionar a la patria. Se sometía a los vivos, y se escarnecía a los grandes muertos. Por eso el dolor de Rojas y su soledad fueron tan grandes. Tuvo

tal certidumbre de fracaso que creyó su afán y su lucha inútiles y su propia vida un sacrificio estéril. Empezó entonces a morir de la patria.

Hablando de Sarmiento alude a sí mismo: "Patriota desesperado que vivió en constante expatriación real o visionaria" (1945). Y en una lírica evocación de su vida se pregunta, el mismo año de 1945:

*¿Quién era yo? ¿Tal vez era un amauta?
Quizá un baquiano de las travesías,
o un expatriado aquí, en mi propia patria.*

Dios le concedió al desterrado la alegría infinita de ver a su patria renacida. Después de setiembre de 1955 quiso tener fuerzas y salud para trabajar por ella. Pero entonces comenzó un nuevo dolor porque la salud y la fuerza le faltaron. Su aflicción, sin embargo, fue acendrándose y llegó incluso a comprender el significado que tenía. Entonces se sintió profundamente conforme. Había sido testigo de la farsa que pasa y de la gloria que perdura, y eso le daba paz.

Hace un año apenas que este patriota acongojado cerró los ojos para siempre y ya está envuelto en la serenidad augusta de la grandeza. El país lo siente como un padre de la patria. Está viva su obra y está vivo su ejemplo.

Sus libros y su existencia constituyen una prueba de las mejores posibilidades argentinas. Mensajes del ayer, símbolos del presente, se iluminan en el conjunto de su obra. Su palabra resplandece como un deber, como una enseñanza de combate. Ricardo Rojas representa hoy las trágicas experiencias de nuestra nacionalidad, el sacrificio por consecuencia con valores trascendentes. Los argentinos de hoy y de mañana abreviarán su sed de patria en las páginas del viejo maestro. El es ya carne y alma de su tierra. Otros vendrán a hablar con él como él habló con las sombras augustas. He ahí el diálogo vivo de las generaciones, del que se nutre la verdadera historia.

ANTONIO PAGES LARRAYA

